

La Crisis del Liberalismo Político-Económico

Manuel Espinoza Orellana

La democracia liberal burguesa vive en estos instantes la etapa culminante de su crisis histórica. Ello se manifiesta como el fin de un proceso económico-social que ha dado de sí el máximum de su desarrollo.

El liberalismo como forma de pensamiento y concepción del mundo y del hombre, surge de las necesidades de una clase social cuyo afianzamiento definitivo se gesta a través de un lapso de tiempo, que va desde el siglo XVI hasta el XVIII y cuya fuerza de expresión se manifiesta definitivamente con la revolución francesa.

Anotemos objetivamente algunos hechos que nos den una imagen de lo que representó el siglo XVI en la gestación de la conciencia liberal: Un libro destinado a revolucionar las concepciones astronómicas de la época se edita en el año 1543, "La Rotación de los cuerpos celestes". El gran sabio polaco Nicolás Copérnico, expresa en dicho libro la teoría de que la tierra era uno de los cuerpos celestes pertenecientes a un sistema planetario, cuyos componentes giran en círculos alrededor del sol. Primaba por entonces la teoría tolemeica aceptada oficialmente por la Iglesia Católica y según la cual, la tierra estaba inmóvil en el centro del Universo y a su alrededor giraban el sol, las estrellas y los planetas. Más tarde el gran astrónomo Keplero viene a rectificar la teoría copernicana estableciendo que los planetas giraban alrededor del sol en elipses y no en círculos, siendo su movimiento tanto más veloz cuanto más cerca pasan del sol. Galileo Galilei, sabio italiano dedicado a investigar el movimiento de los cuerpos, elabora los primeros fundamentos de la mecánica científica. Su adhesión a la teoría de Copér-

nico le vale la persecución de la Iglesia y la obligación de abjurar públicamente de sus ideas.

Eran las primeras luchas del hombre de fines de la Edad Media, por constituir un nuevo ámbito de su libertad. El gran investigador y filósofo Francisco Bacon da los fundamentos para el desarrollo de la ciencia moderna. Bacon demuestra que toda ciencia debe fundarse sobre el estudio de la naturaleza. Andrés Vesalio, el gran médico de los Países Bajos funda la anatomía científica, mientras el inglés Harvey descubre el sistema de la circulación de la sangre. La navegación había efectuado connotados progresos llegando a comprobar con Magallanes la redondez de la tierra y dando una nueva dimensión a la conciencia geográfica del hombre europeo. Los viajes de Colón, de Magallanes, de Vasco Núñez de Balboa, etc., los descubrimientos y conquistas de nuevas tierras ignoradas e inexploradas por el hombre civilizado de occidente, van lentamente al principio y apresuradamente luego, cambiando en los hombres la concepción del mundo y sus relaciones con la Iglesia. El monje filósofo Giordano Bruno, expresa su revolucionaria teoría del universo, que se apartaba violentamente de las sustentaciones doctrinarias de la Iglesia Católica. Bruno enseña que el Universo es infinito y que el sol no es el centro del Universo sino únicamente del sistema planetario al que pertenece la tierra, siendo éste uno de los innumerables sistemas existentes en el cosmos. La Iglesia le persigue y encarcela hasta hacerlo morir en la hoguera en el año 1600.

La lucha entre la ciencia y la Iglesia está planteada en términos de sangre. Es también

la lucha irreconciliable entre dos formas de vida que empiezan a plantear sus antagonismos recíprocos. La Iglesia, suprema configuradora espiritual e ideológica de la feudalidad; defensora caracterizada del derecho divino de la monarquía y del principio absoluto de la jerarquía feudal. Por otro lado, la burguesía, naciente clase social que brota de las nuevas formas de explotación económica.

A la economía natural de la Edad Media, caracterizada por un régimen de autarquía en que cada feudo producía o debía producir todo lo necesario para la subsistencia del señor feudal y de sus siervos, le sucede como lógica consecuencia un sistema de incipiente producción industrial en la que el artesano se ve convertido en un productor manufacturero en gran escala.

El intercambio de productos sobre la base valorativa del dinero, nuevo órgano de mensura impuesto por la complejidad de las relaciones comerciales de producción que se iniciaban, va generando una estructura económica nueva, de la que florecerán las relaciones sociales que caracterizarán una conciencia histórica distinta.

Los descubrimientos geográficos y las formulaciones científicas señaladas vienen a confirmar de manera rotunda, la actitud de independencia individual que la burguesía empezaba a expresar como consecuencia del éxito obtenido en las nuevas formas de explotación económica. El burgués de la época aprende a darse cuenta del poder enorme de su esfuerzo personal y de la rica potencialidad productiva de su imaginación, que puesta en acto, le permite dominar extensas áreas de su circunstancia natural. La conciencia burguesa empieza a expandirse adquiriendo una nueva dimensión. El sentido y la comprensión de los valores sociales y espirituales vigentes, denotan para el burgués productor, comerciante, cambista, la insuficiencia propia de la limitación que la interpretación religiosa de la Iglesia Católica les imponía.

La teoría del "trasmundo eterno" en el que imperaba la Gracia Divina, esperanza y posibilidad para todos los hombres en cuanto buenos cristianos y obedientes devotos de la Santa Madre Iglesia, no satisfacía ya el espíritu inquieto del burgués, que veía abrirse ante sus ojos todo un mundo de posibilidades materiales, promesa plausible de felicidad al alcance de la mano. El había podido comprobar que el mundo en que vivía podía ser transformado por la fuerza de su acción y que el producto de su trabajo se convertía en riqueza que acumulada en sus manos, acre-

centaba desmesuradamente su poder y por lo tanto sus posibilidades de gratuidad y confortabilidad material y espiritual. La ciencia le señalaba que la investigación empírica, el conocimiento tras la observación de los hechos, era un vehículo de ordenamiento y control para su conciencia del aparente caos universal y por lo tanto, añadía a su personalidad un nuevo ámbito de libertad. Son los momentos en que el hombre empieza a apreciar su propia liberación individual como una conquista histórica, que va unida indisolublemente a su acción en el mundo inmediato de las relaciones entre las cosas.

El liberalismo es así la formulación filosófica y política del sentimiento burgués de la libertad. La noción de libertad se viene a formular filosóficamente, fundamentada en las afirmaciones de la ciencia moderna, que hace del conocimiento racional la única posibilidad de establecer una relación de armonía entre el hombre y la naturaleza. El individualismo burgués se convierte de esta manera en una concepción del mundo y de la vida, que allenta en el hombre una imagen de sí mismo distinta a la que tenía el hombre de plena Edad Media, para quien su existencia se justificaba únicamente como un tránsito constante hacia la eternidad.

El cambio en las relaciones de producción determinado por el paso de la economía natural que caracteriza al feudalismo, al capitalismo artesanal y mercantil en gran escala, produce una expansión del pensamiento científico de tal magnitud, que forzosamente la imagen teológica del universo y de la sociedad configurada férreamente por la Iglesia en casi 9 siglos de gravitación hegemónica en el mundo occidental, se escinde en dos interpretaciones antagónicas entre sí, que representan el juego de intereses políticos y económicos que han de enfrentarse constantemente hasta llegar a su culminación con la revolución francesa.

Por una parte la burguesía, ya configurada como una clase social distinta, que empieza a defender sus derechos individuales como productores y generadores de la riqueza material, base y sustento del progreso de las naciones. Y por otro lado, la Iglesia y los grandes señores feudales, que salen a la defensa de sus fueros exigiendo de los monarcas su incondicional apoyo en contra de la burguesía.

El florecimiento de las grandes ciudades impulsado por la actividad manufacturera y mercantil y su independencia ante el poder de los señores feudales, trae por consecuencia el afianzamiento de la vida comunal en el

sentido urbano del término, adquiriendo las municipalidades una gran importancia como órgano regulador y legislador de todas las relaciones sociales. El derecho público empieza a tener su aplicación cada vez más racionalizado, lo que conduce a la investigación y estudio de los antiguos códigos romanos. Se va generando lentamente toda una estructura jurídica que ha de servir de fundamento al desenvolvimiento del capitalismo como sistema económico-social.

Lenta, pero irresistiblemente, la ciencia va imponiendo su imagen del universo y reemplazando a la religión en las concepciones mentales de la burguesía. La filosofía separada de la teología se hace metafísica y plantea la razón como único camino del conocimiento del universo y de la naturaleza.

Los valores sociales y espirituales van al encuentro de una nueva interpretación que justifique la naturaleza de las relaciones de producción existentes. Es en una palabra necesaria la justificación moral de las actividades capitalistas que habían desatado en el espíritu de la burguesía el anhelo de acumular riquezas. Los valores espirituales determinados por la imagen feudal de la sociedad, imponían ciertas normas morales que constituían un freno a la actividad expansionista de la burguesía. Y el espíritu de la época y sus apetencias de cambio vienen a encontrar su confirmación y su formulación adecuada en el movimiento religioso de la Reforma.

Lo que para Lutero fue una protesta en contra de determinadas prácticas y de concepciones teológicas de la Iglesia Católica, para Calvino fue la posibilidad de formular toda una doctrina ético-religioso-política, que viene a configurar y consagrar por decirlo así el estatuto moral del capitalismo. Según este apóstol, la riqueza ha sido dada por Dios a sus elegidos para su acrecentamiento, como prueba de la grandeza del Señor. Y por lo tanto su deber es aumentarla más y más como un acto de obediencia y acatamiento de las ordenanzas divinas. Sólo el que triunfa en esta lucha debe considerarse en gracia de Dios y para conseguirlo, todos los caminos son justificados. Hay una mezcla de maquiavelismo y calvinismo en la sustentación ideológica del capitalismo.

La diversidad de ingredientes ideológicos que se encuentran en la base del desarrollo del liberalismo como movimiento político y filosófico, hace muy difícil llegar a definir de manera clara la esencia de su doctrina. En todo caso puede afirmarse que ella se expresa como la apetencia de establecer un orden

social sobre la base del respeto a la absoluta libertad individual. Pero como esta doctrina era ante todo la expresión ideológica de una clase social cuyos intereses económicos entraban en pugna con los del orden inmediatamente anterior, basa sus aspiraciones de cambio en armonía a sus propias necesidades sociales de clase, dando margen a un nuevo estado de servidumbre y explotación.

En el siglo XVII la ciencia ha confirmado sus posiciones y su aplicación al desarrollo industrial es un serio aporte e impulso al sistema capitalista que empieza a configurar la conciencia social de la época. Las formulaciones científicas del siglo precedente han radicalizado una nueva concepción del mundo que modifica todo planteamiento y toda concepción de los valores.

Es el siglo de la revolución inglesa y de la implantación de la constitucionalidad. Es en este país donde las características de la concepción burguesa del mundo se dejan notar con mayor fuerza y donde el triunfo del liberalismo por lo tanto, produce los primeros grandes cambios. La tolerancia religiosa y la moral del utilitarismo se manifiestan como resultantes de esta nueva conciencia social. El ciudadano entra a tomar parte activa en la vida política y la expansión colonialista se proyecta como la necesidad de un proceso económico pujante en pleno desarrollo.

Es el siglo de Newton y de Hobbes en Inglaterra. El pensamiento se revoluciona y cambia con las nuevas teorías filosóficas y científicas. La religión ha dejado de ser un problema y menos un regulador de la vida espiritual y moral. Las aspiraciones de la burguesía lo dominan todo, incluso el arte y la literatura. Dice H. J. Laski en su obra "El Liberalismo Europeo": "Si el drama inglés en el siglo XVII todavía centra sus argumentos en un mundo inferior al de la clase media, es importante que, con la Restauración, ya no tenga necesidad de subordinarse a patrones de definición religiosa. Su estilo es la comedia ingeniosa, la lucha entre el vicio y la virtud secular, la busca del placer, el conflicto entre la juventud y la vejez. Su misma licencia da la medida del grado en que la escena se había libertado de la necesidad de contemporizar con la Iglesia." Es el triunfo de la burguesía en todos los órdenes de la existencia. El éxito, la utilidad, los fines supremos de la vida, que se confirmaban en las grandes hazañas económicas y las tremendas derrotas que habían sabido imponer a la nobleza tradicionalista y a la monarquía.

El constitucionalismo triunfaba en Inglate-

rra, mientras en Francia la burguesía libraba una lucha encarnizada por imponer sus puntos de vista. Son no obstante momentos de renovación religiosa en Francia, en que el avance del pensamiento liberal se ve entorpecido por la irradiación del pensamiento cristiano, que en la pluma de Bossuet, Fenelon y Pascal encuentran formuladores de magistral estatura.

Pero también es el siglo de Descartes y de Molière. El pensamiento filosófico da a través de Descartes las bases del idealismo metafísico y un intento de interpretación del hombre al margen de toda influencia religiosa.

Nuevas perspectivas se añaden poco a poco a este conjunto de ideas que van formando la fundamentación ideológica de la burguesía en ascenso hacia el poder. Al promediar el siglo XVIII ya el capitalismo industrial está constituido como sistema de explotación económica y los intereses de la clase social que lo ha configurado entran en pugna irreconciliable con el poder feudal de la monarquía.

Obtenido el poder económico la burguesía quiere gobernar. Aspira a echar por tierra los últimos vestigios del derecho feudal que entraba todavía en el libre desenvolvimiento de las actividades capitalistas. Pero por sobre todo, quiere terminar con el régimen de injusticia que para ella representa el mantenimiento de una sociedad jerarquizada en un sentido piramidal. En ella la nobleza y el clero representaban clases parasitarias que estaban al margen de toda imposición tributaria. En cambio la burguesía era gravada con irritantes exacciones que la transformaban en el sostén y mantenimiento del estado y de la monarquía.

La burguesía se constituye así en una clase social revolucionaria que quiere cambiar el orden existente eliminando las viejas estructuras feudales del derecho monárquico, para reemplazarlas por un nuevo orden basado en el derecho individual y en la soberanía del pueblo como único poder.

Pero la burguesía era una clase social revolucionaria sólo en cuanto aspiraba al poder político. Su estructura de clase estaba determinada por el propio sistema de explotación económica que llevó a la práctica. Y como este sistema se basa esencialmente en la apropiación de la fuerza de trabajo de la gran mayoría de la sociedad que carece de propiedad o renta individual, al formular su propia fundamentación ideológica, la burguesía deja de manifiesto la esencia del conflicto que había de producirse en la nueva

sociedad cuando el poder político estuviera definitivamente en sus manos.

Al producirse la revolución francesa, el liberalismo como doctrina política y filosófica estaba ya plenamente formulado. Su premisa fundamental es la libertad individual como hecho filosófico y como hecho político. En cuanto condición espiritual del hombre, la libertad es fundamentada como una condición metafísica de la conciencia humana que escapa a toda imposición coercitiva. En cuanto hecho político, la libertad debe ser garantizada por el estado a todo ciudadano y se manifestará en los derechos que le conferirá la ley establecida por la Constitución. Pero como la Constitución según la doctrina liberal deberá estar basada en el derecho de propiedad individual, sólo es un verdadero ciudadano el poseedor de una propiedad y por lo tanto, la libertad queda en esta forma supeditada al derecho de propiedad individual.

En la "Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano" formulada en agosto de 1791 en Francia por la Asamblea Constituyente, se proclama la abolición de las castas, la igualdad de todos ante la ley; se declara que la única fuente del poder es el propio pueblo; que los hombres nacen libres e iguales en derechos. Se proclama además la libertad del individuo y de las convicciones religiosas, siempre que la manifestación pública de éstas no afecte el orden establecido. Y como último punto se establece que la propiedad es un derecho inviolable y sagrado.

Si se considera el momento histórico en que esta declaración es formulada, no puede desconocerse que ella implica un serio avance social. Pero no es menos cierto que al proclamarse la propiedad individual como un derecho inviolable y sagrado, se establecen definitivamente los fundamentos del orden burgués y se ponen de manifiesto los intereses de la burguesía que caracterizarán la constitución del nuevo estado y su función.

El liberalismo económico basado en la doctrina del "Laissez faire - Laissez-passer" busca imponer el sentido de una absoluta libertad individual, de la que fluye toda iniciativa práctica que se integra al proceso productivo movida sólo por el interés del individuo por acrecentar su propiedad. Se infiere de esto que todo freno, compulsión o control del proceso de producción es antinatural y representa una violación de los derechos individuales. Existe según esta doctrina "Un orden económico natural de la sociedad regido por una mano invisible". Son las leyes eternas de la economía, leyes del mercado que

pueden llegar a descubrirse mediante el estudio y la observación de algunas premisas fundamentales. Adam Smith en su obra "La Riqueza de las naciones" dice lo siguiente: "Al preferir apoyar a la industria nacional y no a la extranjera el "empresario" busca solamente su propia seguridad; y al dirigir esa industria de modo que su producto alcance el mayor valor, busca sólo su propia ganancia, y en éste, como en muchos otros casos, una mano invisible lo induce a la consecución de un fin que no formaba parte de su intención. Fersiguiendo su propio interés, fomenta a menudo el de la sociedad más eficazmente que cuando trata verdaderamente de fomentarlo." Es decir, que el único móvil efectivo del proceso económico es el interés individual y la utilidad del capitalista y el único elemento regulador de este proceso es el mercado con sus leyes naturales e invisibles. Que por consiguiente cualquier factor de control u orientación ejercido desde fuera del proceso económico mismo, trae por consecuencia un resultado negativo que constituye una represión flagrante de las libertades individuales y de los derechos ciudadanos.

El liberalismo económico representó una etapa en el desarrollo productivo de la sociedad, en el que los intereses materiales de la clase social en ascenso —la burguesía— convergían hacia la necesidad de afianzar la propiedad individual y la libertad absoluta de acrecentarla mediante la apropiación del trabajo asalariado. Porque el liberalismo político garantiza a todos los hombres su absoluta libertad individual. Pero como esta libertad sólo puede ejercerse en proporción directa al derecho de propiedad, resulta que para el que nada tiene sino su fuerza de trabajo, su libertad consiste en vender voluntariamente, o negarse a vender su fuerza de trabajo. Pero como éste necesita vivir y para vivir debe alimentarse, vestirse y cobijarse, resulta también que ni siquiera puede hacer uso del derecho de negarse a trabajar, a menos que quisiera morir de hambre.

En resumen, que la libertad del asalariado se transforma en una ilusión desesperante y el derecho de propiedad se convierte así en el signo más característico de su servidumbre personal.

El liberalismo político garantiza también la igualdad de todos los hombres ante la ley. Pero la consagración del inviolable derecho de propiedad individual establece de hecho la más irritante desigualdad social en cuanto pueden hacer uso de sus plenos dere-

chos únicamente quienes tienen los medios económicos necesarios para hacerlo.

Hacia mediados del siglo XIX el liberalismo económico puesto en práctica en países como Inglaterra y Francia, había caracterizado una imagen de la sociedad en que la actividad fabril imponía una tétrica visión del conglomerado humano que se concentraba en torno a las industrias. Se demostraba que las condiciones del proletariado urbano eran tanto o más precarias e inhumanas que en pleno régimen feudal.

El liberalismo económico que la burguesía industrial había llevado al terreno concreto de la realidad política, abría al capitalismo posibilidades al parecer ilimitadas de desarrollo. Y esta expansión del poder económico burgués se había llevado a cabo sobre la base de la libre disposición de la fuerza de trabajo de grandes contingentes de asalariados, que obtenían por ella sólo una miserable retribución de subsistencia.

La concentración y acumulación del capital, esencia fundamental del sistema, operaba ya sobre la sociedad produciendo agudas diferencias de clase. El empobrecimiento paulatino de ciertas capas sociales que pasaban a integrar el abultado sector de los asalariados, era la consecuencia de la competencia violenta entre los grandes y pequeños capitalistas, con el triunfo constante de los primeros y la consiguiente acumulación y concentración de capital. El desarrollo de la industria impulsado de manera creciente por la acción acumulativa del capital, aumentaba la división del trabajo y por lo mismo el número de obreros, y éste a su vez provocaba mayor acumulación de capital. Es el movimiento sin fin del sistema capitalista que opera como consecuencia la división de la sociedad en dos clases sociales antagónicas, los dueños del capital que controlan todo el desarrollo productivo de las naciones, y los asalariados sean ellos manuales o intelectuales, que se convierten en instrumentos de los primeros destinados a servir sus intereses.

Pero el optimismo eufórico que el liberalismo económico había impreso en la conciencia de la burguesía en cuanto se manifestaba como la doctrina económica y política por excelencia, que habría de producir la riqueza y el progreso ilimitados de la sociedad, viene a sufrir un mentis rotundo al ponerse en evidencia las contradicciones insuperables implícitas en lo profundo del sistema. La finalidad máxima del capitalismo es la utilidad y el beneficio personal del dueño del capital. Las necesidades de consumo de la población

son para el capitalista un medio de acrecentar sus ganancias a costa del trabajo asalariado. Pero la apropiación del trabajo del obrero adquiere para el capitalista un valor, sólo en cuanto el producto de dicho trabajo, la mercancía, constituye la calidad de tal en tanto existe un poder consumidor, un mercado en proceso creciente que determine el mantenimiento de un nivel de precios estable. Esta situación obliga al capitalista a buscar constantemente el equilibrio entre la oferta y la demanda. Y en esto reside la limitación contradictoria del sistema capitalista. El proceso de la producción debe estar sujeto indefectiblemente a la ley económica de la oferta y la demanda, y en consecuencia el nivel de precios y salarios será determinado en relación a la competencia entre los productores y a las posibilidades del mercado consumidor.

En la práctica, se ha demostrado que el sistema capitalista en su fase monopólica elimina toda competencia entre los productores, siendo fijados los precios mediante arreglos arbitrarios de los propios industriales y distribuidores entre sí y en total desacuerdo con el régimen de sueldos y salarios vigentes. Pero en todo caso la contradicción elemental del sistema capitalista reside en que la producción debe buscar constantemente el punto de armonía entre sus propias posibilidades y las del mercado consumidor, para evitar el desequilibrio que podría generar una baja brusca de los precios y por tanto una crisis económica a las empresas productoras con la consiguiente cuota de mayores sacrificios a la clase trabajadora. Y el carácter irracional del capitalismo y su absoluta falta de humanidad, se hace notar cuando existiendo un alto porcentaje de miembros de la sociedad que permanecen al margen de toda o casi toda posibilidad económica de consumo, tiene que forzosamente ir a la eliminación de grandes reservas de productos que representan la sobreproducción en determinados momentos, como un medio de controlar el mantenimiento de un nivel de precios favorable a la industria.

Es evidente que el liberalismo económico no se propone como meta la satisfacción indiscriminada de las necesidades materiales de todo el género humano. Por el contrario, como dejamos expuesto más arriba, su móvil principal es la utilidad y el beneficio individual del inversionista, constituyendo el trabajo asalariado sólo el medio necesario de la acción económica. Se produce de esta manera una pugna constante entre el interés individual y el interés colectivo, en la que sale triunfante el primero, en cuanto lleva tras sí el respaldo

del sistema económico-social que él mismo ha configurado.

En la "democracia" liberal, el estado es un instrumento al servicio de los grandes empresarios. El estado burgués es un órgano destinado a preservar el régimen de libre empresa y en tal sentido, su labor fundamental consiste en reprimir por la vía de la legislación burguesa y en la mayoría de los casos por medio de la fuerza, toda aspiración o intento de los sectores extraños a la burguesía, a obtener beneficios materiales que lesionen los intereses de sus representados. La democracia, desde el punto de vista del liberalismo político-económico, tiene un carácter restringido y formal. El estado se manifiesta apoyado en una Carta Constitucional que teóricamente garantiza a todos los componentes de la comunidad nacional los mismos derechos y deberes. Pero en la práctica la concreción de estos derechos queda reducida a las posibilidades económicas de cada ciudadano, en cuanto el estado no puede establecer normas de justa distribución de los bienes materiales que garanticen la realización efectiva y concreta de los derechos que literalmente declara representar. Y no puede establecer dichas normas, en tanto como estado es el producto de un régimen que se basa en la absoluta libertad individual. Un estado regulador y planificador destruiría la esencia misma del liberalismo económico, pues le impondría la obligatoriedad de una finalidad social a la que habría de subordinarse todo el sistema, y la ley de la oferta y la demanda sería alterada sustancialmente.

La crisis del liberalismo económico-político es la crisis de un sistema económico-social que ha dejado atrás el punto culminante de su expansión y avanza por el camino descendente de su declinación histórica. Durante su proceso de desarrollo el capitalismo llegó a dar de sí el máximo de su capacidad productiva, dejando de manifiesto a la vez sus limitaciones para dar solución a los grandes problemas de la humanidad. Las crisis periódicas de sobreproducción y las necesidades industriales de materias primas, llevó constantemente a las naciones burguesas de gran desarrollo económico a proyectar acciones militares de carácter colonialista e imperialista, que provocaron a menudo graves conflictos armados entre los propios competidores y que arrastraron a muchos países que por su condición económica dependiente tuvieron que arrostrar las consecuencias materiales de la guerra.

El proceso de concentración y acumulación

del capital financiero lleva en la práctica a la eliminación de la competencia y a la instauración del régimen de monopolios. La constitución de grandes corporaciones económicas que toman el control del proceso productivo, trae por consecuencia paradójica en relación a la esencia del liberalismo, la restricción de las libertades individuales, en cuanto la iniciativa particular queda limitada al ejercicio exclusivo de los grandes empresarios quienes regulan despóticamente las condiciones del mercado. La sociedad capitalista se convierte así en una comunidad caracterizada y diseñada artificialmente por el criterio mercantilista de los grandes monopolios. Al control monopólico de los servicios públicos de consumo obligado, le seguirá el de los diversos artículos de adquisición diaria que satisfacen las distintas necesidades imprescindibles, para terminar imponiendo un cúmulo abismante de apetencias absurdas que convierten al consumidor en un esclavo del régimen mercantil. El consumo se origina así no atendiendo a las necesidades naturales del hombre, sino a los intereses económicos de los productores. La propaganda comercial se convierte en un instrumento dedicado a educar, en el peor sentido del término, la conciencia colectiva. El cine, la radio, la televisión y la prensa son instrumentos de publicidad que en manos de los empresarios se transforman en una sola arma destinada a crear un ambiente de constante alteración, en el que el régimen apetitivo del hombre se orienta hacia el consumo desesperado y a la adquisición de todo artículo por ridículo que sea, que se manifiesta en el mercado como de gran moda. El enorme desarrollo tecnológico de las naciones capitalistas centroproductoras ha elaborado un cuadro de incitaciones múltiples diestramente explotado por los productores entre los sectores de alto poder de consumo. Pero si tenemos en cuenta que existen grandes capas de la población mundial que permanecen en la actualidad al margen de toda posibilidad de consumo, aun de lo más indispensable para la vida, tenemos que concluir que todo este enorme esfuerzo industrial y mercantil de los países capitalistas centroproductores por inundar los mercados de infinidad de artículos suntuarios de prescindible necesidad, se convierte en un derroche culpable, de energía productora, que se sustrae conscientemente a la solución de los grandes problemas sociales del consumo mundial.

El liberalismo económico ha cumplido una etapa en el devenir histórico de la humanidad. Fue el producto ideológico necesario a

una nueva forma de explotación económica, que hoy ha devenido decadente y antihistórica. A través de su propio ciclo evolutivo, el liberalismo económico ha puesto a prueba su condición doctrinaria y su calidad para interpretar genuinamente las relaciones del hombre con la naturaleza y con la sociedad. Y tenemos que reconocer honradamente, que lo que en el siglo XVIII representó un triunfo evidente y un paso adelante en el camino de la historia, hoy se manifiesta como el fracaso más rotundo. Y ésto es así porque las condiciones materiales, sociales e históricas han llegado a una altura de su desarrollo en que se hace evidente la necesidad de un cambio total del orden existente. Las fuerzas sociales vigentes entran en conflicto y el capitalismo como sistema demuestra de manera palpable la profunda crisis de su esencia doctrinaria. Lo que tuvo vigencia y justificación en un momento histórico dado, se vuelve antihistórico y constituye un freno a las nuevas fuerzas sociales en expansión. Toda la sociedad entra a un período de crisis y la lucha de clases se hace más virulenta a medida que se aproxima el momento culminante del cambio de estructuras. Y como todo cambio es revolucionario, el mundo vive en estos momentos el proceso revolucionario más grande de la historia.

El sistema de libre empresa impuesto en la actualidad en los países capitalistas de gran desarrollo industrial, se ha demostrado incapaz de resolver los graves problemas sociales y materiales que afectan a los más grandes sectores de la humanidad. Las condiciones de subdesarrollo económico en que se encuentran vastas regiones geográficas del planeta que han sido escenario de la expansión imperialista de las grandes potencias occidentales, es una prueba evidente del fracaso del régimen capitalista.

Las condiciones naturales del globo terráqueo prestan múltiples posibilidades de explotación económica que permitirían resolver ampliamente y de manera integral el grave problema de la subsistencia de la población mundial. Sin embargo el espectro del hambre no ha podido ser extirpado del planeta y hoy afecta a casi el 70% de sus habitantes. La falta de higiene y salubridad continúa diezmando a los pobladores de vastas regiones cuyas riquezas naturales puestas en explotación a beneficio de la colectividad nativa, podría dar solución total a sus problemas. El analfabetismo, el alcoholismo, la promiscuidad, la degeneración, la

delincuencia juvenil y otras lacras sociales, son una pesada carga que la sociedad lleva a cuestas y que el sistema capitalista y su instrumento ideológico el liberalismo económico, no han podido remediar. Y es más, podemos decir que ha contribuido a agudizarlo en cuanto ha sometido a grandes sectores humanos a una explotación consciente y sistemática que les confirma en una situación de miseria e inhumanidad incalificable.

La crisis del liberalismo económico es la crisis de toda la sociedad capitalista. Nunca como ahora el concepto de crisis ha sido incorporado con mayor justificación a una época. El designa el momento culminante en que la incertidumbre del futuro inmediato nos hunde en la desazón y la angustia de lo insuperable. Es la calificación de un cierto estado de cosas en un momento de transición profunda. Es el ambiente que envuelve al hombre contemporáneo en su existencia cotidiana y que a cada instante lo pone ante la evidencia de su total orfandad económico-social.

Y no es raro que de esta atmósfera de desesperación profunda y abismante surja una visión caótica del ser que se manifieste como una trasposición total de los valores sociales y espirituales. El mundo se convierte para algunos hombres en un absurdo, y la injusticia evidente de las relaciones económicas, en una fatalidad sin remedio. La filosofía irracionalista del pesimismo alienta en al-

gunos espíritus desencantados, que no llegan a asociar el sentido de la crisis espiritual con la más profunda de las relaciones económicas de producción.

La crisis de nuestro tiempo es una crisis profunda de nuestra existencia material, determinada por el aniquilamiento de un sistema económico que ha devenido incapaz para detener el proceso natural de las nuevas fuerzas sociales en expansión. Y este período de transición se manifiesta como el desplazamiento vertiginoso de la certidumbre, del sistema de creencias en que el hombre se encontraba ubicado hasta hace medio siglo tan cómodamente, y que hoy se le demuestran desprovistas de base. La duda se introduce poco a poco en su conciencia y empieza a vivir el drama doloroso de la desintegración momentánea de su ser.

Pero una nueva ruta se perfila ya en el porvenir inmediato del hombre contemporáneo. Más de la tercera parte de la población mundial ha traspasado la etapa de la incertidumbre y se ha integrado al nuevo destino de la sociedad. El socialismo, nueva forma de ser social del hombre, es una realidad indiscutida y se transforma en la meta obligada de todos los pueblos. Un nuevo estado moral, un nuevo régimen axiológico, una nueva ética y una estética renovada, son la fuente de que fluye el sistema de creencias moderno, en que vivirá el hombre del futuro próximo inmediato.

NOVEDAD

EDICIONES PRESENTE, URUGUAY

FRANCISCO JULIAO.— "Escucha Campesino" (Eº 1,60.— 78 pp.)

EN VENTA EN: **LIBRERIA LATINOAMERICANA**
SAN MARTIN 136
SALA PLA
ESTADO 360 - 3.er PISO - Of. 6